

sible, todos los dias de mi vida, para condolerme con Vos y daros el pésame,

ORACION.

¡Oh Jesus! ¡Oh Maria! ¡qué lastimoso encuentro! ¡para Vos, Virgen Santísima, viendo á vuestro incomparable Hijo en un estado tan horrible! ¡para Vos dulce Jesus, viendo á vuestra Santa Madre oprimida de una tan gran tristeza!

¡Oh, y cuánta verdad es, que Dios quiere que los buenos sean afligidos en este mundo; pues las dos personas mas inocentes y mas santas son tan extraordinariamente afligidas!

¡Oh Jesus mio, Vos sois verdaderamente para mí un Dios de lástima. ¡Oh dulce Virgen! Vos sois verdaderamente para mí una nuestra Señora de Compasion. Quisiera tener para con entrambos toda la lástima y la compasion de que es capáz un corazon sumergido en vuestro amor.

Dignaos, buen Jesus, dignaos darme por las afficciones de vuestra Santísima Madre, y por el mérito de las vuestras, una santa compasion de vuestras penas, y una fiel imitacion de vuestra paciencia, y de la de vuestra digna Madre.

en casa de Pilatos.

Desde el huerto de los Olivos hasta la ca-
a de Anás, suegro de Caifás, hay unos mil y

Padre nuestro y Ave Maria para tener mas ternura para con nuestro Señor y la Santísima Virgen en los misterios de la Pasion, y para tener á su imitacion mas resignacion en nuestras penas.

XII. ESTACION.

El parage en donde nuestro Señor cayó agoviado del peso de la Cruz; y fué levantado y ayudado á llevarla por Simon Cirineo.

Para concebir bien esta caida, es menester advertir que la Cruz tenia quince piés de largo, y ocho al través; que era gruesa á proporcion, y por consiguiente que era muy pesada, que nuestro Señor estaba exhausto de fuerzas; por causa de su agonía, del sudor de sangre, y de toda la fatiga de la noche antecedente, como tambien por razon de los crueles y vivos tormentos que habia padecido, y de la gran pérdida de sangre que habia tenido mientras los azotes y la corona de espinas, y porque no habia recibido otro refrigerio despues de la cena, sino un poco de agua fria y cenagosa que habia bebido cuando cayó en

el torrente Cedron, que los soldados implacables no le daban tiempo para respirar, sino que le hacian andar á fuerza de golpes y le interrumpian el aliento; que la Cruz por una punta arrastraba por tierra en un piso desigual; le daba continuamente horribles golpes en la cabeza, y hacia meter mas adentro las espinas de la corona; que el encuentro de su pobre Madre afligida mortalmente le habia oprimido el corazon. Así, concurriendo todas estas cosas juntas, hicieron caer á nuestro Señor bajo el peso del madero de la Cruz. Contempla pues, alma mia, á tu caritativo Redentor medio estrellado bajo el árbol de la prensa de la justicia de Dios. Mira como su preciosa sangre corre de todas las partes de su cuerpo, y tiñe el suelo sobre que ha caido. Oye las justas quejas que da contra los pecadores, que con sus continuas ofensas no dejan de echar peso sobre la Cruz, y aumentar su tormento. ¡Y qué? ¡no se encontrará alguna alma, que tenga compasion de él, y le ayude á levantar, y á caminar hasta el término de su carrera? Todos miran con horror la Cruz, nadie la quiere tocar por miedo de quedar infamado: es necesario usar de amenazas y de promesas, para obligar á un extranjero que pasa á echarle mano. ¡Di-

choso Simon Cirineo! ¡Oh, si supieras la honra que te hacen los judios sin pensarlo! Tú eres, sin saberlo, el compañero de un Hombre-Dios, el coadjutor del Redentor de los hombres, el portador del instrumento de la salvacion del universo. Asóciame Señor, á tu glorioso portacruz, para que habiendo acompañado á Jesucristo en su Pasion, merezca acompañarlo en su gloria.

ORACION.

¡Qué? os veo, Jesus mio, caido y abrumado bajo el peso de vuestra Cruz; ¡y no haré todo lo que pueda para aliviaros? ¡Ay! hasta ahora, en lugar de aliviaros, os he añadido nueva carga con mis pecados, tan multiplicados los unos sobre los otros. ¡Miserable de mí! ¡qué bárbaro he sido!

Perdon, Salvador mio, perdonadme mi crueldad. Desde ahora quiero aliviaros en cuanto pudiese; y será, absteniéndome con mas cuidado de pecar; y en lugar de pecar y ofenderos, os amaré, os serviré, me compadeceré de Vos, y os acompañaré mas fielmente en vuestras penas y en vuestros tormentos.

Padre nuestro y Ave Maria, para que no hagamos mas pesada la Cruz de nuestro Señor con nuestros pecados, y por todos los enemigos de la Cruz.


 XIII. ESTACION.

*El lugar donde las Mugerres y las Hijas devotas
de Jerusalem lloraron, al ver á N. S.*

Este fué el primer consuelo que nuestro Señor recibió en los dolores y penas de su Pasion. Una tropa de mugeres y de doncellas devotas, que habian asistido con bastante frecuencia á sus divinos Sermones, y que habian sido testigos oculares de sus grandes milagros, viéndolo pasar en un estado tan lastimoso, y tan indigno de la reputacion y de la estimacion en que estaba un poco antes, fueron movidas de una extremada compasion; y por una ternura natural á su sexo, empezaron á dar gritos, á prorrumpir en tristes lamentos, y á verter torrentes de lágrimas. El testimonio público de tristeza y compasion que daban al Salvador, es muy justo y muy loable, y se puede decir que no se puede tal vez llorar por un motivo mejor, que por compasion á Jesucristo padeciendo. Sin embargo, volviéndose hácia ellas nuestro Señor, las dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí; llorad sobre vosotras, y sobre vuestros hijos;

porque si al leño verde se le da un tratamiento tan malo, ¿cómo será tratado el leño seco? Quiere decir: si el inocente es tan rigurosamente castigado, ¿qué suplicio no debe esperar el culpable? y si el Hijo Unico de Dios es entregado á la muerte de Cruz, por pecados que no ha cometido; ¿los pecadores que no son sino unos esclavos, tienen razon para prometerse la impunidad de sus delitos? Es menester advertir bien aquí, que nuestro Señor no condena las lágrimas que se derraman por compasion de sus penas y tormentos; lo que dice es, que quiere mas que se lloren los pecados, que son la causa de sus tormentos. ¿Qué empleo tan bello, qué ocupacion tan divina, llorar sus pecados y los de todo el mundo, con un doloroso sentimiento de contricion! ¿qué espectáculo tan agradable á los ojos de los Angeles y del mismo Dios, ver una alma cristiana de rodillas, con las lágrimas en los ojos y con el corazon lleno de sollozos llorar ante un Crucifijo los pecados que se cometen todos los días contra su Magestad Divina, y vuelven á crucificar á Jesucristo, como dice S. Pablo! Las damas de distincion, como advierte S. Juan Crisóstomo, para dar lustre y mas brillo á su belleza, llevan pendientes de perlas en las orejas pero la

almas santas, para presentarse á los ojos de Dios y de los Angeles, muestran su rostro mojado con lágrimas de contricion. Estas lagrimas, dice S. Bernardo, son un vino precioso, un vino aromático, un vino todo celestial y todo divino, que es servido por los Angeles en la mesa de Dios. Estas lágrimas, dice S. Hilario, hacen por nosotros el oficio de embajador para con Dios, y nos alcanzan de su bondad el perdon de nuestras culpas, ¡Oh, y qué milagrosas son estas lágrimas! corren hácia abajo, y suben hácia arriba; son mudas, y hablan alto; se desprenden cayendo á tierra, y son conservadas preciosamente en los tesoros del Cielo. David las habia oido abogar por él sin decir palabra, y pedir eficazmente el perdon de su delito sin hablar. Por eso le decia á Dios: *Auribus percipe lacrymas meas.* Señor, dad oídos á mis lágrimas, y escuchad mis lloros. El santo Profeta Jeremías se servia de la elocuencia muda de las niñas de sus ojos, llorando para aplacar la indignacion de Dios, y moverle á compasion: y excitaba á la Ciudad de Jerusalem, á hacer lo mismo que él: *Non taceat pupilla oculi tui:* No des tregua ni reposo á las niñas de tus ojos: hazlas clamar incessantemente á Dios por medio de sus lágrimas. S. Pedro, despues de haber negado

tres veces á su buen Maestro, supo llorar tan bien su pecado, que con el agua de sus lloros borró como con una esponja la mancha de sus tres negaciones. Y Santa Magdalena, despues de haber ajado la flor de su juventud con una vida libertina é impúdica, se purificó tan perfectamente en el bautismo de sus lágrimas, que sobrepujó á muchas vírgenes en pureza. Os pido pues, Dios mio, el don tan precioso y tan saludable de las lágrimas de una contricion verdadera; y para obtenerlo, os suplico me lo deis por las lágrimas que mi Salvador derramó en todo el curso de su vida y de su Pasion.

ORACION.

Yo, Dios mio, os pido el precioso don de las lágrimas, para llorar amargamente mis culpas, como Santa Magdalena, como S. Pedro, y otros muchos Santos, y para lavar enteramente mi pobre alma; y para obligar vuestra bondad á que me lo conceda; os lo ruego Eterno Padre, Padre de misericordia, por las lágrimas que vuestro Hijo amado, y nuestro Salvador derramó en todo el curso de su vida y de su Pasion.

Padre nuestro y Ave María para alcanzar de vuestro peto vuestra mano cuando quisiero de cualquier modo que sea.

Padre nuestro y Ave María por los inocentes oprimidos en los Tribunales de Justicia.

Dios el don de lágrimas de una verdadera contrición.



XIV. ESTACION.

La casa de la piadosa Verónica, que enjugó con su velo el rostro de nuestro Señor, cubierto todo de sudor, de sangre y de salivas.

He aquí la mas bella accion que se hizo jamás en favor de Jesucristo, cuando padecia. La devota Verónica estaba en su casa, quando oyó el tumulto y la griteria de una multitud infinita de gente y de soldados, que conducian el Salvador al suplicio: levántase á toda prisa, saca la cabeza fuera de su puerta, pone la vista en medio de la turba, y ve á su Resentor que deja escapar un rayo de luz de su cara, y la hace conocer con la luz de la fé, que él es el Hijo de Dios. A esta vista, toma su velo como fuera de sí, se echa á la calle, atraviesa por los ministros de justicia y los soldados, sin pensar en las injurias y golpes que la dan; llega á presencia del Salvador, y que tenia el rostro cubierto todo de sangre y de sudor, le adora sin embargo de la oposicion. *Anno enscriptura occurrat. No des tregua ni reposo á las niñas de tus ojos: hazlas clamar incessantemente á Dios por medio de sus lágrimas. S. Pedro, despues de haber negado*

le enjuga y limpia aquel divino rostro, obscurecido bajo el nublado de los pecados del mundo. ¡Oh generosa muger! no hay con quien compararte, ni tienes otra igual sobre la tierra: en un tiempo, en que todo el universo se ha conjurado contra la vida del Salvador; en un tiempo en que Dios su Padre lo ha abandonado en manos de los pecadores; en un tiempo en que los Angeles de paz lloran amargamente, sin poder darle socorro alguno; en un tiempo en que sus Apóstoles le han dejado, le han hecho traicion, y le han negado; en un tiempo en que su bendita Madre la Santísima Virgen le ha afligido infinitamente con su pasmo; en un tiempo en que toda la Ciudad de Jerusalem pide en justicia su muerte y su crucifixion; en un tiempo en que es un delito y un sacrilegio entre los Judios reconocerle por hombre de bien; tú lo reconocias como á tu Mesías, tú lo adoras como á tu Dios, tú le das consuelo y refrigerio en medio de sus mayores enemigos. En verdad, tú mereces una gloria inmortal en el tiempo y en la eternidad. Así, el Salvador te hizo el mas rico regalo que jamás hizo á otra criatura del mundo, que fué darte su retrato impreso en los tres dobleces de tu velo. Extiende ese velo delante de las cuatro partes de tu rostro, y ponlo en tu mano cuando quisieres, de cualquier modo que sea.

Padre nuestro y Ave María por los inocentes oprimidos en los Tribunales de Justicia.

tes del universo: haz ver á todos los hombres el rostro miserable y afeado de un Dios padeciendo: predica por medio de tus imágenes la Pasion de Jesucristo, mas lejos y en mas lugares, que la han predicado los Apóstoles. Por lo que á mí toca, yo te ofrezco mirarte con veneracion toda mi vida, por el acto heroico de tu caridad; y que en vida y en muerte tendré siempre en mi boca el nombre de la incomparable Verónica.

ORACION.

¡Qué vergüenza tengo, Salvador mio, quando considero la generosidad de esta muger, que sin reparar en las injurias, ni en los golpes que recibe, pasa osadamente hasta Vos, y os hace todas las honras y servicios que puede en medio de vuestros enemigos! Y yo, por un miserable respeto humano, por no disgustar, ó por agradar á la fantasia de uno sé quién, tan cobardemente y tantas veces he dejado de decir ó hacer lo que os disgustaba, ó he dicho ó hecho lo que os disgustaba y os ofendia. Infeliz respeto humano; tú eres verdaderamente un menosprecio de Dios; pues haces que se respete, y se tema mas al hombre que á Dios. Pero Dios mio, Aquiero de hoy me ^{no des tregua ni} reposo á las niñas de tus ojos: hazlas clamar incesantemente á Dios por medio de sus lágrimas. S. Pedro, despues de haber negado

quiero, digo, estar poseido del respeto divino, el cual es un verdadero menosprecio del respeto humano, pues hace que se respete y se tema mas á Dios, que al hombre, cualquiera que sea.

Os suplico á mas de esto, amable Salvador mio, que hagais que me represente á menudo vuestro divino rostro, maltratado todo á golpes, bañado todo en la sangre que corria de las llagas de vuestra sagrada cabeza coronada de espinas, y llena de lodo, cuando caisteis en las calles de Jerusalem bajo el peso de vuestra Cruz; á fin de apartar mi corazon y mis ojos de todos los rostros humanos, é ir á ver en el Cielo la belleza incomparable de vuestro rostro, que está despidiendo todo rayos de gloria.

Padre nuestro y Ave María para que tengamos mas respeto á Dios, y mas temor de desagradarle, que á persona alguna del mundo.

XV. ESTACION.

La Puerta judiciaria, en donde nuestro Señor oyó leer su sentencia de muerte.

Llámase así la puerta por donde antiguo peto vuestra mano cuando quisiero de cualquier modo que sea.

Padre nuestro y Ave María por los inocentes oprimidos en los Tribunales de Justicia.

mente salian de Jerusalem los reos, para ir al lugar del suplicio, llamado Calvario por las calaveras de que estaba lleno. Aún se ven el día de hoy algunos residuos de esta Puerta, y una columna, á la cual se dice se acostumbraba fijar la sentencia de muerte dada contra el delincuente que se llevaba al suplicio, para que al parar se le leyese en voz alta, y todo el pueblo fuese informado de las causas que habían obligado á los Jueces á condenarlo á muerte. Contempla pues, alma mia, como al llegar á esta Puerta el Salvador Divino, se pone de rodillas para oír leer con mayor humildad su última sentencia. Se le declara que es acusado y convencido de crimen de lesa Magestad Divina y humana, por haber afectado la divinidad y la soberanía; la divinidad, llamándose el Hijo de Dios; la soberanía, portándose como Rey de los Judíos; y que en castigo de estos dos atentados, que exceden en enormidad á todos los otros, se le ha condenado á perder la vida en una infame Cruz, en la cual será lavado en medio de dos ladrones. ¿Se puede imaginar cordel mas sensible para el corazón de nuestro Señor, que el que entonces sufrió? ¿El que habia sido prometido á los Judíos cuatro mil años habia, el que habia *papua octat tu: No des tregua ni* reposo á las niñas de tus ojos: hazlas clamar incesantemente á Dios por medio de sus lágrimas. S. Pedro, despues de haber negado

sido figurado en tantos Patriarcas, el que habia sido anunciado por tantos Profetas, el que habia hecho tantos prodigios y milagros para darse á conocer; verse reprobado, tratado de impostor y de blasfemo, y condenado á muerte de Cruz por su pueblo amado, y favorecido! En verdad que no se puede concebir cosa de mayor afliccion, ni mas insoportable. Sin embargo, este manso Cordero de Dios oye sin queja y sin murmuracion la injusta sentencia de su condenacion, y se sujeta á ella muy voluntariamente, para satisfacer á la justicia de su Eterno Padre, y salvar á los hombres con su muerte.

ORACION.

Amable Redentor mio, os soy infinitamente deudor por tan excesiva caridad, y os doy por ella mil gracias: y en señal de mi reconocimiento, quiero de hoy mas someterme á todas las órdenes, aun á las mas duras de vuestra divina providencia, y besar con respeto vuestra mano cuando quisiere afligirme de cualquier modo que sea.

Padre nuestro y Ave María por los inocentes oprimidos en los Tribunales de Justicia.

Número de pasos que dió el Salvador del Mundo en el camino doloroso, coronado de espinas, y con la Cruz á cuestas.

Desde el Palacio de Pilatos hasta el balcon del *Ecce Homo*, hay setenta pasos.

Desde el balcon del *Ecce Homo*, hasta el lugar del desfallecimiento de la Santísima Virgen, hay cien pasos.

Desde el lugar del desfallecimiento de la Santísima Virgen hasta la travesía de calles donde cayó nuestro Señor bajo el peso de la Cruz, y fué levantado y ayudado á llevarla por Simon Cirineo, hay cuarenta pasos.

Desde esta travesía de calles, hasta el parage en que las mugeres y las doncellas devotas de Jerusalem lloraron sobre nuestro Señor, hay diez pasos.

Desde este sitio hasta la casita de la Verónica, hay ciento y setenta pasos.

Desde la casita de la Verónica, hasta la Puerta Judiciaria, por donde nuestro Señor salió de la Ciudad de Jerusalem, hay sesenta pasos.

Desde la Puerta Judiciaria hasta el pié del Calvario, hay doscientos pasos.

Desde el pié del Calvario hasta lo alto, había en tiempo de nuestro Señor unos cincuenta

pasos.

Lo cual hace en todo setecientos pasos.



XVI. ESTACION.

El Calvario, en donde nuestro Señor fué crucificado entre dos ladrones.

El Calvario era la eminencia de un montecillo pizarroso fuera de Jerusalem, que servia de lugar para la ejecucion de los delinquentes y malhechores. Al presente está en medio de la Ciudad, encerrado dentro de una hermosa Capilla, que tiene cuatro toesas en cuadro bien cumplidas. Se sube á ella por diez y nueve gradas, pero son mas altas que las de que nos servimos en nuestras casas. Se ve en ella el sitio de la crucifixion; es decir el lugar donde la Cruz fué tendida en tierra, cuando nuestro Señor Jesucristo fué clavado en ella. Se ve en ella el agujero en que la Cruz fué plantada despues de clavado en ella el Salvador. Se ve el lugar desde donde la Santísima Virgen, San Juan Evangelista, Santa María Magdalena, y las devotas mugeres contemplaban con dolor la sangrienta tragedia de la